

la puerta, la abrió, volvió la cabeza antes de salir, y le preguntó si la había llamado. Pero Tomás no contestó: Luisa cerró suavemente la puerta, y entró en su alcoba.

Entonces el miserable levantó la cabeza con precaución, y viendo que su hermana había partido, se deslizó del lecho, cerró la puerta con la llave, y se volvió á la cama: allí, arrancándose los cabellos, llorando amargamente, amando á su hermana, aunque incómodo con ella, lleno para consigo mismo de un desprecio profundo, pero impenitente, y animado, contra todo lo que hay de bueno en el mundo, del mismo desprecio profundo y del mismo odio impotente.

## CAPÍTULO VI.

### Para concluir.

La señora Sparsit, mientras descansaba en la quinta de Bounderby para entonar sus nervios, ejercía noche y día una vigilancia tan activa á la sombra de sus cejas coriolanescas, que sus ojos, semejantes á dos faros encendidos, hubieran bastado para advertir á todo marino prudente que cuidase de no chocar contra una roca tan terrible como su nariz romana y los sombríos surcos de su semblante, si la buena señora no hubiese tranquilizado á las gentes con sus maneras tranquilas y suaves.

No había otra mujer como ella para rondar todos los rincones de la casa. ¿Cómo se las componía para que la encontrasen en todos los pisos á la vez? Era inexplicable. Una señora en quien parecía innato el sentimiento de las conveniencias, perteneciente además á familias tan distinguidas, no podía ser sospechosa de saltar por encima de las escaleras ó de echarse á rodar para bajarlas más pronto; y, sin embargo, la extraordinaria facilidad con que andaba de arri-

ba abajo hubiera podido justificar las más extrañas suposiciones.

Otra circunstancia igualmente notable en la señora Sparsit era que nunca se daba prisa para nada. Se transportaba con la rapidez de una bala desde el granero al sótano, sin perder nunca el aliento ni la dignidad en el momento de su llegada. Apostaría á que ningunos ojos humanos la vieron jamás andar con paso precipitado.

Estuvo muy amable con Mr. Harthouse, y cambió con él algunas palabras atentas. Poco tiempo después de haber llegado á casa de Bounderby, le hizo su majestuosa reverencia en el jardín una mañana antes de almorzar.

—¡Cómo se pasa el tiempo! Me parece que fué ayer, caballero (dijo la señora Sparsit), cuando tuve el honor de recibir á V. en la casa de banca, y de darle las señas de la habitación de Mr. Bounderby.

—Ese es un acontecimiento que no olvidaré nunca,—contestó Harthouse, inclinando la cabeza hacia la señora Sparsit con el aire más indolente.

—Vivimos en un mundo muy extraño, caballero.

—Por una coincidencia de que siempre estaré orgulloso, he tenido el honor de hacer la misma observación, aunque en términos menos ingeniosos.

—Digo en un mundo extraño, caballero (pro-

siguió la señora Sparsit, después de haber contestado á aquel cumplimento bajando sus negras cejas, lo que se avenía mal con el meloso tono de su voz); digo en un mundo extraño, por lo que concierne á las amistades que entablamos hoy con personas de quienes ayer éramos de todo punto desconocidas. Me acuerdo de que en aquella ocasión llegó V. á decir que la señorita Gradgrind le causaba á V. miedo.

—La memoria de V. me hace más honor del que merece mi escasa importancia. Me aproveché de las noticias que V. me dió para corregir mi timidez, y es inútil añadir que aquellas noticias eran completamente exactas. El talento de V. para todo lo que exige exactitud.... con una mezcla de fuerza moral.... y de ingenio de familia.... ha tenido demasiadas ocasiones de manifestarse, para que nadie pueda ponerlo en duda.

Se hubiera creído que iba á dormirse diciendo esta galantería: tanto tiempo había necesitado para expresarla, tan distraído se había encontrado al proferirla.

—¿Le ha parecido á V. la señorita Gradgrind, no puedo acostumbrarme á llamarla la señora Bounderby, tan joven como yo se la había pintado?—preguntó la señora Sparsit.

—Me hizo V. un retrato exactísimo. La semejanza es perfecta.

—Es V. un joven amable, caballero.

—Extremadamente amable.

—Parecía en otro tiempo que á la señorita Gradgrind le faltaba cierta expresión; pero confieso que en este punto me parece que ha ganado no poco; ha sido un cambio admirable. Justamente: aquí viene Mr. Bounderby (exclamó la señora Sparsit, haciendo con la cabeza varias señales consecutivas, como si no tuviera ojos más que para él): ¿qué tal se siente V. hoy, caballero? Vamos, vamos, Mr. Bounderby; una poca más alegría.

Esta perseverancia obstinada de la señora Sparsit en querer aliviar la miseria de su huésped y aligerarle el peso de su carga, había ya empezado á hacer que Mr. Bounderby estuviese más amable con ella, y más duro que de costumbre para con los demás, empezando por su mujer. Así, cuando la señora Sparsit le dijo con cierta alegría forzada:

—Necesita V. almorzar; pero presumo que la señorita Gradgrind no tardará en venir á presidir la mesa.

Mr. Bounderby contestó:

—Si yo esperase á que mi mujer se ocupe de mí, señora, podría esperar hasta el día del juicio. Le ruego á V. se tome el trabajo de preparar el te por sí misma.

La señora Sparsit consintió, y recobró su antiguo puesto en la mesa.

Esta era una ocasión más que se le ofrecía á aquella excelente mujer para dar mayores pruebas de sentimentalismo. Era tan humilde, sin embargo, que cuando Luísa apareció, se puso de pié, protestando que nunca hubiera pensado en sentarse en aquel sitio, dadas las circunstancias presentes, aunque por muchos años había tenido el honor de preparar el desayuno á Mr. Bounderby, sin que la señorita Gradgrind hubiese aceptado la posición que en aquel momento ocupaba.

—Señora, permanezca V. donde está (dijo Bounderby). Mi esposa tendrá mucho gusto en que V. le evite este trabajo; es cosa segura.

—No diga V. eso, caballero (replicó la señora Sparsit con tono casi severo); puede sentirlo la señora Bounderby, y V. no debe dar sentimientos á nadie.

—No tenga V. cuidado, señora. ¿No es verdad, Luísa, que nada te importa eso?

—Ciertamente. ¿Qué puede importarme? Fuera una extraña manía.

—¿Y por qué quiere V. que eso nos importe lo más mínimo, señora Sparsit? (preguntó Bounderby, hinchado con el sentimiento de su dignidad ofendida.) Bien ve V. que da demasiada importancia á esas cosas. ¡Por San Jorge! ¡No faltaba más, sino que me hicieran renunciar á mis más caras tradiciones domésticas! Tiene V. ideas

extravagantes, señora. Venga V. á hablarme ahora de los hijos de Tomás Gradgrind.

—¿Qué tiene V.? (preguntó Luisa con frialdad.) ¿Quién le ha ofendido á V.?

—¡Ofendido! (repitió Bounderby.) ¿Piensa V. que si yo estuviese ofendido en lo más mínimo no lo hubiera dicho? ¿Que no hubiera pedido una reparación? Tengo por costumbre hablar con franqueza. Yo no poseo dos caras.

—No supongo, en efecto, que nadie haya podido tener ocasión de encontrarle á V. demasiado discreto ó demasiado delicado en la expresión de sus sentimientos (contestó tranquilamente Luisa); en cuanto á mí, puedo decir que nunca he tenido que reconvenir á V. por eso, ni como mujer, ni como esposa. No sé qué es lo que V. quiere.

—¿Lo que quiero? Nada. Si algo quisiera, crea V. que yo, Josué Bounderby, de Cokeville, tendría bastante para conseguirlo con mi voluntad.

Como daba golpes en la mesa tan fuertes que hacían saltar las tazas, Luisa le miró con el rostro inflamado por un rubor orgulloso.

—¡Otro nuevo cambio!—dijo para sus adentros Mr. Harthouse.

—Está V. hoy incomprensible (dijo Luisa); pero no se tome V. la pena de explicar la causa, yo se lo suplico. No soy curiosa, y no quiero saber más.

Agotado este asunto, Mr. Harthouse se puso á hablar con indolente alegría de cosas insignificantes. Desde aquel momento, la influencia que ejercía la señora Sparsit sobre Mr. Bounderby contribuyó á unir más á Luisa y Jaime, á alejar más á la joven de su marido, y á aumentar aquella peligrosa confianza con un extraño, confianza á la que se había abandonado por grados tan insensibles, que, aunque hubiese querido, ya no estaba en su mano retroceder. ¿Pero quería ó no? Este es un secreto que estaba oculto en lo más íntimo de su corazón.

Tan conmovida se manifestó la señora Sparsit aquella mañana, que después del desayuno, y al ayudar á Mr. Bounderby á alcanzar su sombrero, le besó la mano casta y respetuosamente, y llamándole su bienhechor, se retiró agobiada por la pena. Sin embargo, es un hecho incontestable, que le consta al autor de esta historia verdadera, que cinco minutos después que Mr. Bounderby había salido de la casa cubierto con aquel mismo sombrero, la misma nieta de los Scadgers, pariente por alianza de los Fowler, amenazó con la mano derecha el retrato de su bienhechor, é hizo á aquella obra de arte una mueca despreciativa, como diciendo:

—Todo va bien, imbécil; todo va bien.

Apenas acababa de partir Mr. Bounderby, cuando apareció Bitzer. Era portador de un bi-

llete, anunciando á Luísa que la señora Gradgrind estaba muy enferma. La pobre señora nunca gozaba de salud en todo el largo espacio de tiempo de que su hija podía acordarse; pero ya hacía días que habían empeorado sus achaques, y en la última noche se había temido por su vida. En aquel momento estaba tan cerca de la muerte, que quería estar más cerca de algo que pudiese distraerla.

Acompañada del más rubio de los criados posibles, pálido, servidor elegido muy acertadamente para abrir las puertas de la muerte adonde llamaba la señora Gradgrind, Luísa se dirigió á Cokeville, y pronto se vió confundida entre las ahumadas máquinas de aquella ciudad devoradora. Despidió al criado, montó en un carruaje, é hizo que la condujeran á su antiguo domicilio.

Rara vez había ido á su casa después de haberse casado. Su padre estaba casi siempre en Londres, ocupado en cerner y discernir su reposito de cenizas parlamentarias, sin conseguir nunca separar el grano de las granzas.

Su madre, acostada, como siempre, en un canapé, no consideraba las visitas de su hija sino como un motivo de incomodidad. Luísa no se sentía muy dispuesta á hacer compañía á los niños. Luísa no había vuelto á manifestarse cariñosa con Cecilia, desde el día en que la hija del

saltimbanquis había alzado los ojos para mirar con compasión á la futura esposa de Bounderby.

Nada tenía Luísa que la hiciese desear volver á la casa paterna, y, por consiguiente, no había vuelto.

Cuando se acercó á los sitios en que se había deslizado su infancia, no sintió despertarse en ella esos dulces recuerdos que están adheridos al hogar paterno. Los sueños de su juventud, sus castillos en el aire, las perspectivas risueñas, encantadoras, imposibles, con que había embellecido en la imaginación un mundo desconocido; todas esas ilusiones en las cuales es tan dulce haber creído alguna vez en la vida, que es tan dulce recordar cuando ya no se puede creer en ellas, no podían ejercer ninguna influencia en Luísa, cuya educación había sido tan helada. Los recuerdos de la juventud no se evocaban en ella los unos á los otros, como la caridad que llama á su alrededor á los niños.

No; Luísa era extraña á todos estos sueños. Antes de llegar á la razón, no había recorrido los caminos encantados de la imaginación por donde tantos millones de niños habían pasado antes que ella. No había encontrado, en el término de su carrera mágica, á la razón, bajo la forma de una divinidad bienhechora, inclinándose ante divinidades no menos poderosas. La razón se le había aparecido de pronto como un

ídolo sombrío, frío y cruel, como un tirano feroz que sabe atraerse las víctimas atadas de piés y manos, para leer su conducta con sus ojos sin expresión, y para recoger de sus labios de hielo los preceptos de una ciencia estúpida.

Estos eran para Luísa los recuerdos de su infancia en la casa paterna. Si tenía un asomo de memoria de las fuentes que la naturaleza había puesto en su corazón, era para acordarse de que habían secado los manantiales en el momento en que se querían desbordar. ¿En dónde se hallaban ahora aquellas aguas cristalinas? Habían ido á fertilizar en otros el suelo afortunado en que las rosas ocultaban las malezas, y los lirios los cardos silvestres.

Entró en la casa y en la alcoba de su madre, presa de un antiguo y profundo dolor. Desde la partida de Luísa, Ceci había vivido con el resto de la familia, bajo un pié de igualdad. Ceci estaba al lado de la señora Gradgrind, y Juana, la hermana más pequeña de Luísa, que tenía entonces diez ó doce años, se hallaba también en la alcoba.

Costó mucho trabajo hacer comprender á la señora Gradgrind que estaba presente su hija mayor. Descansaba en un canapé, apoyada en varios cojines, según su antigua costumbre, y conservaba su actitud de otras veces, cuanto se lo permitía su extremada debilidad. Se había re-

sistido resueltamente á entrar en el lecho, temiendo, según decía, no volver á salir.

Su voz débil parecía venir de muy lejos, del fondo de su paquete de chales, y el sonido de las voces extrañas que le dirigían la palabra, parecía invertir tanto tiempo en llegar á sus oídos, que se la hubiera creído acostada en el fondo de un pozo. La pobre señora estaba allí, sin duda, más cerca de la verdad.

Cuando le dijeron que la señora Bounderby estaba allí, contestó, como si jugase á los despropósitos, que jamás había llamado á su yerno por aquel nombre, desde que se casó con Luísa; que esperando á hallar un nombre conveniente, le llamaba J., y que no quería en aquel momento derogar la regla, no habiendo podido aún procurarse un nombre que pudiera reemplazar definitivamente á aquella consonante.

Ya hacía algunos minutos que Luísa estaba sentada á su lado, y le había hablado muchas veces, sin que la enferma pudiese comprender quién la hablaba; pero de pronto pareció salir de su sueño.

—Hija mía; espero que todo marchará á tu gusto (dijo la señora Gradgrind). Tu padre lo ha hecho todo. Tenía en ello mucho empeño, y sus esfuerzos habrán redundado en tu bien.

—Madre, quisiera saber noticias tuyas, en vez de darte las mías,—contestó Luísa.

—¿Quieres saber noticias más? Pues eso me extraña. Te aseguro que aquí nadie se ocupa de eso. Esto no marcha bien, Luísa. Estoy muy débil y atolondrada.

—¿Sufres mucho, querida madre?

—Creo que existe algún dolor en alguna parte de la alcoba; pero no estoy cierta de que lo tengo.

Después de esta extraña respuesta, guardó silencio algunos minutos. Luísa, que tenía cogida la mano de su madre, no le sentía latir el pulso; pero cuando la llevó á sus labios pudo ver palpitar un débil destello de vida.

—Tu hermana y tú os veis raras veces (dijo la señora Gradgrind). Te se parece más y más á medida que va creciendo. Quisiera que la vieses. Tráela, Ceci.

Trajeron á la niña, y permaneció de pié, con una mano entre las de su hermana. Luísa observó que Juana se había adelantado, rodeando con sus brazos el cuello de Ceci, y sintió la diferencia de aquel recibimiento.

—¿Ves cómo se te parece, Luísa?

—Sí, mamá; creo que se me parece, pero....

—¿Qué? Sí, es lo que he dicho siempre (exclamó la señora Gradgrind con inesperada vivacidad). Y esto me recuerda.... Tengo.... Tengo que hablarte, querida mía. Ceci, hija mía; déjanos solas un instante.

Luísa había soltado la mano de Juana; le pa-

recía el rostro de su hermana más risueño y más feliz que el suyo cuando tenía aquella edad; había visto, no sin un movimiento de despecho, hasta en la alcoba de su madre moribunda, un reflejo de la dulzura de aquel otro semblante presente siempre ante sus ojos; aquel tierno semblante de ojos tranquilos, pálido por las vigili- as, pero más pálido aún por el contraste de una caballera negra como el azabache.

Habiéndose quedado sola con su madre, Luísa vió extenderse por el rostro de la moribunda una tranquilidad lúgubre: hubiérase dicho que se abandonaba á lo largo de algún río, terminada toda resistencia, y dichosa con dejarse arrastrar por la corriente. La joven llevó otra vez á sus labios la sombra de aquella mano, y dijo á su madre:

—¿De qué me iba V. á hablar, madre mía?

—Sí, sí.... es verdad. Ya sabes que tu padre está ahora siempre ausente. Es indispensable que yo le escriba con este objeto.

—¿Con qué objeto, madre mía? No se preocupe V. así. ¿Con qué objeto?

—Debes acordarte de que cuantas veces he dicho alguna cosa, no importa sobre qué, jamás he visto el fin, y, por consiguiente, hace mucho tiempo que he dejado de decir mi opinión.

—Te comprendo, madre mía.

Pero sólo acercando el oído y siguiendo con

atención el movimiento de sus labios, pudo Luísa recoger para darles sentido aquellos sonidos tan déviles y tan entrecortados.

—Tú y tu hermano habéis aprendido mucho, Luísa: habéis estado estudiando todo el día y toda la noche. Espero que no se me vuelva á hablar más ni de ciencias ni de *hechología*.

—Te comprendo bien, mamá: haz un esfuerzo para continuar; eso únicamente te exijo.

Luísa decía esto para impedir que su madre se dejase arrastrar demasiado pronto por la corriente.

—Pero hay una cosa que no se encuentra de seguro en la *hechología*.... tu padre no la conoce ó la ha olvidado, Luísa. Yo no sé á punto fijo lo que puede ser, y he pensado en ella frecuentemente, cuando Ceci estaba allí, sentada á mi lado. Ahora me será imposible dar con el nombre. Quizás tu padre lo encontrará. Esto me tiene inquieta. Lo quiero escribir para pedirle, en nombre del cielo, que descubra lo que esto es. Dame una pluma.... dame una pluma.

Pero no tenía ni aun la facultad de moverse; su pobre cabeza continuaba moviéndose de izquierda á derecha y de derecha á izquierda, á falta de otro lenguaje más expresivo.

Se figuró, sin embargo, que le habían dado lo que pidió, y que tenía entre sus dedos la pluma, que no hubiera podido sostener.

Poco importan los caracteres ininteligibles que se puso á trazar sobresus vestidos. La mano que los escribía no tardó en permanecer inmóvil: la luz, que siempre había alumbrado con una claridad débil y dudosa detrás de aquella sombra chinesca medio desvanecida, se extinguió; y la señora Gradgrind, á pesar de su poca inteligencia, al salir de esta oscuridad en que el hombre se arrastra y se agita en vano, se encontró revestida de la gravedad imponente de los sabios y de los patriarcas.



## CAPÍTULO VII.

### La escalera de la señora Sparsit.

Los nervios de la señora Sparsit se resistían tenazmente á recobrar el tono que habían perdido, y esta digna señora permaneció algunas semanas en la quinta de Mr. Bounderby, donde, no obstante las tendencias cenobíticas de su espíritu, se resignó á que la alojasen y alimentasen como á una princesa.

Mientras duraron aquellas vacaciones, la guardiana de la casa de banca permaneció fiel á su papel, y continuó compadeciendo á Mr. Bounderby con tan tierna piedad, que pocos habrá que puedan estar orgullosos de haber inspirado otra semejante; lo cual no impedía que continuase llamando imbécil al retrato del objeto de su ternura, con tanto encono como desprecio.

Al tempestuoso Bounderby se le metió en la cabeza que la señora Sparsit debía ser una mujer muy superior, puesto que había observado la contrariedad general é inmerecida de que creía poder quejarse (aún no sabía con exactitud

en qué consistía su desgracia), y se figuraba, además, que Luísa se había opuesto á recibir frecuentes visitas de aquella señora, sin el respeto que debía á la voluntad de su amo y señor; resolvió, pues, no separarse ni á tres tirones de la señora Sparsit. Cuando los nervios de la parienta de lady Scadgers estuvieron bastante fuertes para permitirle frecuentar otra vez los lugares solitarios, Bounderby le dijo en la mesa el día antes de su partida:

—Vendrá V. á esta quinta todos los sábados, señora, mientras dure la primavera, y no se irá hasta el lunes.

Á lo cual contestó la señora Sparsit, poco más ó menos, en estos términos, aunque no había abrazado la religión musulmana:

—Oír es obedecer.

La señora Sparsit no era, ni con mucho, una mujer poética; ¿cómo le pasó por la cabeza una idea que se formulaba con una herejía? Á fuerza de vigilar á Luísa, de observar aquel carácter impenetrable, que se burlaba de la curiosidad, acabó por elevarse á la altura de la inspiración. Levantó en su espíritu una escalera inmensa, á cuyo extremo se hallaba el golfo sombrío de la vergüenza y el deshonor; y de día en día, de hora en hora, veía á Luísa bajar los peldaños de aquella escalera.

La señora Sparsit no se ocupó en otra cosa

que en mirar á su escalera y seguir con los ojos á Luísa á medida que bajaba, ya despacio, ya de prisa, ya salvando varios escalones á la vez, ya deteniéndose, pero sin procurar nunca volver á subir. Si hubiera retrocedido un solo paso, la señora Sparsit hubiera sido capaz de tener *spleen* y morir de pena.

Luísa, en efecto, había continuado bajando sin detenerse hasta el día, y durante todo el día en que Mr. Bounderby dirigió á la señora Sparsit la invitación semanal que hemos señalado más arriba. Esta señora estaba, pues, de muy buen humor, y dispuesta á charlar hasta por los codos.

—Á propósito, caballero (dijo); si osara permitirme dirigir á V. una pregunta relativa á un asunto sobre el cual V. manifiesta mucha reserva (lo que ciertamente sería un gran atrevimiento de mi parte, sabiendo, como sé, que V. no obra nunca sin motivo), le preguntaría si ha descubierto alguna cosa.

—No, señora, no; todavía no; y, vistas las circunstancias, no esperaba otro resultado. Roma no se edificó en un solo día, señora.

—Es verdad,—contestó la señora Sparsit moviendo la cabeza.

—Ni en una semana.

—Verdad que no,—replicó la señora Sparsit con cierta melancolía.

—Pues bien: yo también, señora, puedo es-

perar; ya lo comprende V. Puesto que Rómulo y Remo esperaron, ¿por qué no ha de poder esperar Josué Bounderby, de Cokeville? Estos, sin embargo, tuvieron una juventud más afortunada que la mía; tuvieron una loba por nodriza; yo también he tenido una loba, pero no por nodriza, sino nada más que por abuela. En vez de darme leche, me daba golpes; en cuanto á esto, era una verdadera vaca de Alderney.

—¡Ah!

—Nada, señora, nada he podido averiguar; sin embargo, el negocio está en buenas manos, y el joven Tomás, que ahora trabaja tan asiduamente (lo que habrá sido muy nuevo para él, porque se ha educado en mi escuela), ayuda á la policía cuanto le es posible. He aquí la recomendación que les hago: permaneced tranquilos como si estuvierais muertos: trabajad por bajo de cuerda cuanto queráis; pero sin dejar traslucir nada; de otro modo, veréis muy pronto coaligarse cincuenta de esos canallas para poner en salvo al individuo que ha desaparecido. Estad tranquilos; los ladrones acabarán por creer que ya no se piensa en ellos, y entonces se les echa mano con toda seguridad.

—Muy bien pensado (dijo la señora Sparsit). Eso me interesa vivamente. ¿Y la anciana de quien me habló V.?

—La vieja de quien he hablado (interrumpió

Bounderby con tono acerbo, porque en esto no tenía de qué vanagloriarse), no se encuentra; pero bien puede estar segura de que acabarán por encontrarla. Entre tanto, señora, soy de opinión que valdrá más ocuparnos menos de ella.

Aquella misma tarde la señora Sparsit, descansando en la ventana para hacer mejor la digestión, miró desde lo alto de su gran escalera, y vió á Luísa que continuaba bajando.

Estaba sentada al lado de Mr. Harthouse en un bosquecillo del jardín, hablando muy de quedo; él se inclinaba hacia ella, y su rostro tocaba casi á los cabellos de Luísa.... si es que no los tocaba, en efecto, según pensó la señora Sparsit, haciendo esfuerzos sobrehumanos para ver más fácilmente.

La señora Sparsit estaba demasiado lejos de la pareja para oír una sola palabra de la conversación, y saber si se hablaban bajo; pero lo advinaba en su actitud.

He aquí lo que decían:

—¿Se acuerda V. de aquel hombre, Mr. Harthouse?

—¡Perfectamente!

—¿De sus facciones, de sus maneras, y de lo que le dijo á V.?

—Perfectamente; por cierto que me pareció muy pesado, muy fastidioso. Por lo demás, ha

sido muy hábil de parte suya adoptar, como lo ha hecho, el género de elocuencia patrocinado por la escuela de la humildad virtuosa; pero aseguro á V. que, oyéndole, exclamaba: «hijo mío, tú exageras las cosas.»

—Confieso que me hubiera costado mucho trabajo pensar mal de aquel hombre.

—Mi querida Luísa.... como dice Tomás (nunca Tomás la llamaba *querida mía*): ¿no sabe V. nada bueno respecto á ese individuo?

—Nada.

—¿Ni tampoco de ningún individuo de su clase?

—No (replicó en un tono que se parecía mucho á su tono de otras veces, y que ya parecía haber perdido). ¿Cómo había de pensar nada bueno, si no los conozco?

—Entonces, consienta V., mi querida Luísa, en admitir las ideas que le somete humildemente un amigo sincero, que ha estudiado diferentes especies de sus excelentes semejantes; porque son excelentes; estoy dispuesto á reconocerlo, á pesar de ciertas pequeñas debilidades, entre las cuales es preciso contar la que consiste en apropiarse todo lo que les cae á la mano. El individuo en cuestión hace frases; muy bien; pero ¿quién no tiene esa habilidad?

»Hace también profesión de moralidad; muy bien; pero los charlatanes de toda especie hacen

también la misma profesión. Desde la Cámara de los Comunes hasta la casa correccional, todo es una profesión general de moralidad, exceptuando las gentes de nuestro partido, y en verdad que esta excepción es la que nos hace menos sópóricos que los otros. V. conoce el asunto: se trata de un individuo que pertenece al populacho, y convengamos en que mi amigo mister Bounderby no pone la delicadeza necesaria para dorarle la píldora. El hombre que pertenece á la plebe, es vejado, exasperado; abandona la casa murmurando; encuentra á alguno que le propone una asociación para negocios como el de la casa de banca, acepta, llena el bolsillo, y se va tranquilo por ese lado. Francamente: es necesario convenir en que Blackpool, en vez de ser un hombre vulgar, hubiera estado muy por encima del vulgo, si no se hubiera dado prisa á aprovecharse de la ocasión.

—Casi tengo remordimientos (respondió Luísa, después de haber meditado un instante) de estar dispuesta á creerle á V., y de que sus palabras me alivien de un peso enorme.

—Nada digo que no sea razonable, nada que no pueda creerse sin remordimientos. Más de una vez he hablado con mi amigo Tomás, porque Tomás y yo seguimos tratándonos con la mayor confianza, y tiene la misma opinión que yo. ¿Quiere V. dar una vuelta?

Se alejaron, paseándose por entre los árboles, que el crepúsculo empezaba á envolver entre sombras. Luísa, apoyada en el brazo de Hart-house, sin pensar ni remotamente que seguía bajando la escalera de la señora Sparsit.

La señora Sparsit veía á Jaime ir y venir; oía hablar de él á izquierda y derecha; veía como él los cambios de expresión que había estudiado en el semblante de Luísa; observaba también, como él, si se cubría con alguna nube, cómo y en qué momento; sabía, además, por qué esta nube se desvanecía en un instante; tenía sus negros ojos siempre abiertos, sin la menor piedad, sin el menor remordimiento, absorbida en su curiosidad, en el interés que tenía en ver á la joven acercarse más y más, sin que ninguna mano fuese en su ayuda y á detenerla al borde del precipicio, á los últimos escalones de aquella escalera imaginaria.

Á pesar de todo el respeto que le inspiraba Mr. Bounderby, á quien sabía distinguir en público del imbécil del retrato, no tenía ni intención remota de impedir que bajase Luísa. Esperaba en silencio, fija siempre en la escalera su mirada cautelosa; y si alguna vez hacía algún movimiento amenazador, no era sino muy raramente, y cuando nadie pudiese observarla.